

**ANTOLOGÍA  
DE  
NOVELAS  
DEL  
OESTE**

**TOMO VIII**

La aventura del hombre blanco en el lejano Oeste es un tema que ha tenido en el cine y en la literatura una difusión considerable y una aceptación constante. Aunque no ha sido tratado siempre con la atención y el cuidado que requieren toda producción literaria, en estos volúmenes se han seleccionado narraciones cortas que pueden considerarse piezas maestras del género. El colorido del ambiente y la gran fuerza de sugestión que tiene todo tema de acción relatado por un verdadero escritor, se encuentran plenamente logrados en estas Antologías.

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Antología de novelas del Oeste Vol. VIII](#)

[Las primeras experiencias de Ralph Ringwood anotadas en sus coloquios con el autor \(Washington Irving\)](#)

[Encuentro en las montañas \(Francis Bret Harte\)](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[La tarjeta comercial de Dick Boyle \(Francis Bret Harte\)](#)

[La fe de los hombres \(Jack London\)](#)

[El amor a la vida \(Jack London\)](#)

[El camino solitario \(O'Henry\)](#)

[El marqués y miss Sally \(O'Henry\)](#)

[Al anochecer llegó un jinete \(Eugene Manlove Rhodes\)](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[Es parte de mi trabajo \(James B. Hendrix\)](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[Notas](#)

## LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS DE RALPH RINGWOOD ANOTADAS EN SUS COLOQUIOS CON EL AUTOR<sup>[1]</sup>

WASHINGTON IRVING

**S**oy de Kentucky por residencia y elección, pero virginiiano de nacimiento. La causa de que abandonara el hogar ancestral, y emigrara a Kentucky, fue ¡un asno! Usted parece sorprenderse, pero tenga un poco de paciencia y le contaré cómo sucedió. Mi padre, que perteneció a una vieja familia virginiana, residía en Richmond. Era viudo, y sus asuntos domésticos eran dirigidos por una ama de llaves de la vieja escuela, como las que suelen administrar las grandes mansiones virginianas. Se trataba de una dignataria, que casi rivalizaba con mi padre en importancia, y parecía creer que todo le pertenecía a ella; de hecho, era tan considerada en su economía y tan cuidadosa en los gastos, que a menudo mi padre se sentía vejado, y aseguraba que ella perjudicaba su reputación con su mezquindad. Siempre aparecía con la vieja insignia y símbolo de la confianza y autoridad de las amas de llaves: un gran manojo de llaves cascabeleando en su cinto. Supervisaba el arreglo de la mesa en cada ágape, y velaba por que los platos estuvieran dispuestos de acuerdo con sus primitivas nociones de la simetría. Al atardecer, servía muy dignamente el té, con una mezcla de respetuosidad y de orgullo por su propia posición, realmente ejemplares. Su gran ambición era tenerlo todo en orden, y que la casa bajo su cetro fuera citada co-

mo modelo de buen mantenimiento. Si algo iba mal, la pobre y buena Bárbara lo tomaba muy a pecho, y se encerraba en su cuarto para llorar; hasta que unos cuantos capítulos de la Biblia tranquilizaban su espíritu y volvía a reinar la calma. De hecho, la Biblia era su recurso permanente en tiempos de apuro. La abría indiscriminadamente, y aunque fuera a caer entre las Lamentaciones de Jeremías, los Cánticos de Salomón o la farragosa enumeración de las tribus del Deuteronomio, un capítulo era un capítulo, y actuaba como un bálsamo para su alma. Tal era nuestra buena ama de llaves Bárbara, que estaba destinada a jugar, sin saberlo, un papel muy importante en mi destino.

Sucedió, en los días de mi juventud, cuando yo aún pertenecía a la época que se ha dado en llamar "la edad del pavo", que a un caballero de la vecindad, gran promotor de experimentos y mejoras, de todas clases, se le metió en la cabeza que sería un inmenso beneficio público crear una casta de mulos, y, de acuerdo con tal idea, compró tres burros... ¡en una parte del país donde la gente se preocupaba, únicamente, de los caballos de raza! ¡Por Dios! Ellos habrían considerado sus mulas deshonradas y sus estirpes envilecidas por tal *mésalliance*. El asunto llegó a constituir un tema de murmuración y escándalo en el pueblo. El valioso amalgamador de cuadrúpedos se encontró metido de lleno en un triste lío, de manera que se retiró a tiempo, abjuró totalmente de la doctrina amalgamadora, y dejó sueltos a sus asnos. Estos acostumbraban pasearse por los bosquecillos, llevando una vida fácil, holgazana, una vida de perpetuas vacaciones: los animales más felices del país.

Ocurrió que el camino que yo tomaba cada día para ir a la escuela, debía cruzar el bosquecillo donde vagaban los asnos. La primera vez que vi uno de esos animales, lanzó un rebuzno que me dejó asustado y confundido. Pero pronto me recuperé del susto, y viendo que se parecía, en cierto modo, a un caballo, mi amor virginiano por todo lo relacionado con las especies ecuestres predominó, y decidí mon-

tarlo. De manera que fui a casa del abacero local, me procuré una cuerda que había servido para amarrar un saco de azúcar, y confeccioné con ella un cabestro; entonces, tras convocar a algunos de mis camaradas de colegio, perseguimos al señor Jack<sup>[2]</sup> a través del bosquecillo hasta lograr acorralarlo en el ángulo formado por dos vallas. Después de muchas dificultades conseguimos encabestrarle, y monté sobre él. Levantó sus calcañares, salí disparado por encima de su cabeza, y salió de estampía. Me levanté en un santiamén, le perseguí, le cogí, y volví a montarle. A fuerza de repetidas caídas pronto aprendí a pegarme materialmente a su piel, de manera que no pudiera desprenderse de mí sin desprenderse, a la vez, de ella. El señor Jack y sus compañeros tuvieron, a partir de ese día, una vida harto agitada, pues todos nosotros los cabalgábamos al salir de la escuela y las tardes de fiesta; y pueden ustedes estar seguros de que las jacas de los escolares nunca permiten a la hierba crecer bajo sus patas. Pronto llegaron a conocernos tan bien, que huían a la vista de un escolar, y solíamos pasar más tiempo persiguiéndoles que cabalgando en ellos.

Se aproximaba el domingo en que yo había proyectado una excursión ecuestre a lomos de esos corceles de largas orejas. Sabiendo que habría una gran demanda de asnos el domingo por la mañana, me apropié de uno el sábado por la noche, y me lo llevé a casa, a fin de estar presto para una salida a hora temprana. Pero ¿dónde iba yo a albergarle durante la noche? No podía dejarlo en el establo; nuestro viejo lacayo negro, George, era tan absoluto en este dominio, como lo era Bárbara en los suyos, de puertas adentro, y habría considerado su cuadra, sus caballos, y él mismo, deshonorados por la presencia de un asno. Entonces me acordé del *smoke-house*, un edificio anexo a todas las grandes mansiones virginianas, dedicado al curado de jamones y otras clases de carnes. De manera que cogí la llave, introduje allí dentro al señor Jack, cerré la puerta con llave, volví a colocar ésta en su sitio, y me fui a la cama, con

la intención de libertar a mi prisionero a una hora temprana, antes de que mi familia se despertara. Sin embargo, como estaba tan cansado por los esfuerzos que había debido desplegar para capturar al asno, caí en un sueño profundísimo, y rompió el día sin que yo me despertara.

Pero no sucedió lo mismo con Bárbara, el ama de llaves. Como de costumbre, para usar una expresión de su propia cosecha, "estaba levantada antes que el cuervo se pusiera los zapatos" y empezó a brujulear a diestra y siniestra para ponerlo todo en orden para el desayuno. El primer lugar donde se dirigió fue el *smoke-house*. Apenas abrió la puerta, el señor Jack, harto de su prisión, y contento de ser liberado de la oscuridad, dio un tremendo rebuzno y se abalanzó hacia delante. La vieja Bárbara cayó al suelo; el animal saltó por encima de ella, y se perdió en dirección al bosque. ¡Pobre Bárbara! Nunca había visto un asno, y acordándose de que la Biblia dice que el Diablo corre como un león rugiente, buscando a quién devorar, llegó a la conclusión de que se trataba del mismísimo Belcebú. Los gritos llegaron hasta la cocina; los sirvientes se dirigieron al lugar del suceso. Allí encontraron a la buena Bárbara en pleno desmayo; tan pronto como se recobraba de uno, los pensamientos sobre el Diablo volvían a ella, y caía en otro ataque, pues la buena mujer era devotamente supersticiosa.

Entre los atraídos por el ruido y el griterío, estaba un condenado, inquieto, gruñón tío mío; uno de esos espíritus difíciles que no pueden quedarse tranquilamente en la cama por la mañana, sino que deben levantarse temprano para tener más tiempo para incordiar a los parientes. Era sólo una especie de "medio-tío", después de todo, puesto que se había casado con la hermana de mi padre: no obstante, usaba de una gran autoridad, basada en este maldito parentesco, y era un entrometido universal y una peste familiar. Este pegajoso e inquisitivo individuo pronto llegó a conocer la verdad, y descubrió que yo estaba en el fondo del asunto, y que había encerrado al burro en el *smoke-house*.

No quiso investigar más, pues era de esos quisquillosos ta-caños, para quienes los muchachos sin suerte son siempre culpables. Dejando a la vieja Bárbara luchar en imaginación con el Diablo, se dirigió a mi dormitorio, donde yo yacía sumido en rosados sueños, entre los que no figuraba el de la travesura que había hecho, ni la tempestad que iba a des-atarse sobre mi cabeza.

En un instante, fui despertado por una lluvia de azotes, y me incorporé, asombrado. Pregunté el motivo del ataque, pero no recibí otra respuesta sino que había asesinado al ama de llaves, mientras mi tío continuaba azotándose en medio de mi confusión. Así un atizador del hogar, y me puse en defensiva. Yo era un muchacho robusto, para mi edad, mientras mi tío era un hombrecillo enclenque; uno al que en Kentucky no llamaríamos, siquiera, un "individuo"; nada más que "una remota circunstancia". De manera que pronto pude forzarle a parlamentar, y enterarme de los cargos presentados contra mí. Confesé todo lo relacionado con el asno y el *smoke-house*, pero me declaré no culpable del asesinato del ama de llaves. Pronto descubrí que la vieja Bárbara pertenecía, aún, al mundo de los vivos. Pero estuvo en manos del doctor, durante varios días, y cada vez que parecía sufrir una recaída, mi tío intentaba darme otra azotaina. Apelé a mi padre, pero no obtuve reparación. Yo era considerado un "chico desgraciado", avezado a toda clase de travesuras, de manera que las presunciones estaban en contra mía en todos los casos de apelación.

Me sentí muy dolido. Había sido apaleado, humillado y tratado con desprecio cada vez que me había quejado. Perdí mi habitual buen humor; y estando de malas con todo el mundo, supuse que todo el mundo estaba de malas conmigo. Un cierto espíritu de libertad, vagabundo y salvaje, que yo creo que es tan inherente en mí como en la perdiz, salió súbitamente a la superficie con los contratiempos y cortapisas que sufrí. "Me iré de casa", pensé, "y volaré con mis propias alas". Tal vez esa idea fue precipitada por la moda



de emigrar a Kentucky, que era, en aquel tiempo, prevalente en Virginia. Había oído tantas historias sobre las románticas bellezas del país; de la abundancia de todas clases de animales de caza, y de la gloriosa vida independiente de los cazadores que atravesaban sus nobles bosques y vivían de sus rifles, que estaba tan ansioso de ir allí, como los muchachos que viven en ciudades portuarias lo están de sumergirse plenamente entre las maravillas y las aventuras del Océano.

Después de algún tiempo, nuestra buena Bárbara se restableció, tanto de cuerpo como de alma, y los hechos le fueron explicados, y, gradualmente, se fue convenciendo de que no era el Diablo a quien había encontrado. Cuando se enteró de cuán rudamente había sido yo tratado por cuenta suya, su buen corazón se conmovió, y habló calurosamente a mi padre en favor mío. Él se había dado cuenta del cambio operado en mi conducta, y pensó que, tal vez, el castigo había sido llevado demasiado lejos. Quiso, pues, tener una conversación conmigo, para tranquilizar mis sentimientos, pero era demasiado tarde. Le expliqué, francamente, la clase de mortificación que yo había experimentado, y la decidida determinación que había tomado de irme de casa.

—¿Y dónde piensas ir?

—A Kentucky.

—¡A Kentucky! ¿Por qué a Kentucky? No conoces a nadie, allí.

—No importa. Pronto haré amistades.

—¿Y qué harás cuando llegues allí?

—¡Cazar!

Mi padre silbó profundamente, y me miró a la cara con una expresión de cómica seriedad. Apenas tenía yo dieciséis años, y hablar de irme solo a Kentucky, para instalarme allí, y dedicarme a la caza, parecía, sin duda, charla ociosa de un rapazuelo. Mi padre no estaba muy al corriente de la terca resolución de mi carácter, y su sonrisa de incredulidad

me ancló aún más obstinadamente en mis propósitos. Le aseguré que estaba hablando muy seriamente, y que tenía el firme propósito de irme a Kentucky en la próxima primavera.

Mientras corría el tiempo, mi padre hizo algunas ligeras alusiones a esa conversación, sin duda con el propósito de sondearme. Yo le expresé, invariablemente, el mismo grado de obstinada determinación. Gradualmente, me fue hablando de manera más directa, tratando, enérgica, pero bondadosamente, de disuadirme. Mi única réplica fue:

—Ya he tomado mi decisión.

De manera que, un buen día, tan pronto como hubo llegado la primavera, fui a verle a su despacho, y le informé de que estaba preparado para irme a Kentucky, y quería despedirme de él. Mi padre no hizo ninguna objeción, pues ya había agotado persuasiones y amenazas, y, sin duda, consideraba más práctico dejarme cumplir mi voluntad, creyendo que un poco de experiencia adversa me traería pronto de regreso a casa. Le pedí dinero para el viaje. Mi padre abrió un arcón, sacó una gran bolsa de seda verde, bien provista de monedas, y la puso sobre la mesa. Entonces pedí un caballo y un sirviente.

—¡Un caballo! —exclamó burlonamente mi padre—, no galoparías ni una milla con él sin romperte el cuello; y en cuanto a lo del sirviente, si tú no puedes cuidarte de ti mismo, mucho menos podrías cuidarte de él.

—¿Cómo debo, pues, viajar?

—Bien... Supongo que eres bastante hombre para viajar a pie.

Mi padre hablaba en tono burlón, sin sospechar que yo estaba tomando sus palabras al pie de la letra, y que tenía una fe absoluta en mi empresa; así pues, me guardé la bolsa, me fui a mi cuarto, en donde hice un hato con tres o cuatro camisas, puse un puñal en mi pechera, ceñí un par de pistolas a mi cinto, y me sentí como un caballero errante, presto a recorrer el mundo en busca de aventuras.

Mi hermana —no tenía más que una— estaba a mi lado, lloriqueando y conminándome a que me quedara en casa. Yo me sentía como si el corazón se me subiera a la garganta, pero conseguí dominarme: no podía permitirme llorar. Finalmente, conseguí desasirme de ella, y me dirigí a la puerta.

—¿Cuándo volverás? —gritó mi hermana.

—¡Nunca! ¡Por Dios! —repuse—, mientras no sea miembro del Congreso de Kentucky. Estoy dispuesto a demostrar que soy el mejor de la familia.

Esta fue mi primera salida de casa. Pueden ustedes suponer cuán inocente era yo, y cuán poco sabía del mundo en que iba a penetrar.

No recuerdo ningún incidente de importancia, hasta que llegué a las fronteras de Pennsylvania. Me había detenido en una posada para tomar un refrigerio, cuando oí a dos hombres que hablaban, haciendo conjeturas sobre quién podría ser yo. Uno de ellos decidió, por fin, que yo era un aprendiz fugitivo, y que debía de ser detenido, a lo que el otro asintió. Cuando terminé mi comida, y después de haber pagado, salí por la puerta principal, tras resistir a la tentación de salir por la puerta trasera, como un ladrón que huye. Uno de los hombres se me acercó. Llevaba el sombrero echado a un lado, y tenía un aire de suficiencia que me irritó.

—¿Adónde vas, jovenzuelo? —me preguntó.

—Esto no es de su incumbencia —le contesté, ásperamente.

—Sí que lo es... Te has escapado de casa, y debes explicarte.

Dio un paso adelante, con intención de cogerme, pero entonces empuñé una pistola.

—Si avanza usted un solo paso, disparo.

Saltó hacia atrás como si hubiera pisado una serpiente de cascabel, y su sombrero cayó al suelo.

—¡Déjale! —gritó su compañero—. Es un joven cabeza loca, que no sabe lo que se hace. Es capaz de dispararte, puedes estar seguro de ello.

Aquel hombre no necesitaba ese consejo; tenía miedo incluso de coger su sombrero. De manera que continué mi camino sin más molestias. Este incidente tuvo un efecto saludable sobre mí. Tomé la decisión de no detenerme a dormir en ninguna casa, por la noche, para no ser detenido. Tomaba mis comidas en las posadas, en el curso del día, pero, durante la noche, hacía un fuego en el bosque, y me echaba a dormir; esto era lo que yo consideraba el verdadero estilo cazador.

Finalmente llegué a Brownsville, terriblemente fatigado, y con muy mal aspecto, como puede suponerse, tras tantas noches de acampar a la intemperie. Intenté alojarme en alguna posada barata, pero no me admitieron. Me miraban con expresión dudosa, y luego me informaban de que no daban hospedaje a viajeros que iban a pie. Por fin, me decidí a dirigirme a la posada principal. El posadero pareció tan poco propenso a darme albergue como el resto de sus colegas, pero su esposa le cortó en medio de sus excusas, y apartándole a un lado...

—¿Adónde vas, muchacho? —me preguntó.

—A Kentucky.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Voy a cazar.

Me miró enérgicamente por un momento.

—¿Vive tu madre? —dijo al fin.

—No, señora; hace ya algún tiempo que murió.

—Tal como yo creía —dijo ella, calurosamente—. Yo sabía que si tu madre estuviera viva, tú no estarías aquí.

Desde ese instante la buena mujer me trató con bondad maternal.

Me quedé varios días bajo su techo, recuperándome de las fatigas de mi viaje. Durante mi estancia, me compré un rifle, y, diariamente, hice prácticas de tiro, para prepararme

para la vida de cazador. Cuando hube repuesto suficientemente mis fuerzas, me despedí de mis bondadosos mesoneros, y continué mi viaje.

En Wheeling, me embarqué, en un pequeño bote familiar, técnicamente llamado un "cuerno ancho", un transporte fluvial en aquellos tiempos. Durante dos semanas estuve navegando en esa arca, sobre el río Ohio. El Ohio impresionaba por su salvaje belleza. Sus majestuosos árboles no habían sido aún talados. La selva llegaba hasta la misma orilla, y ocasionalmente era flanqueada por inmensos cañaverales. Abundaban los animales salvajes de todas las especies. Les oíamos al precipitarse entre los matorrales y arrojarlos al agua. Venados y osos nadaban frecuentemente a través del río; otros se acercaban a la orilla y contemplaban nuestro bote. Yo estaba en permanente alerta con mi rifle; pero, de una manera u otra, los animales quedaban siempre fuera del alcance de mi arma. A veces tenía la suerte de atracar y probar mi fortuna en tierra. Cacé algunas ardillas, y pequeños pájaros, e incluso pavos salvajes, pero aunque pude divisar algunos venados huyendo por entre la maleza, no pude alcanzar a ninguno de ellos.

De esta manera nos deslizamos en nuestro "cuerno-ancho" hasta Cincinnati, la "Reina del Oeste", como la llaman ahora; entonces un simple grupo de cabañas de madera; y el emplazamiento de la bulliciosa ciudad de Louisville, entonces designado por una solitaria casa. Como dije antes, el Ohio era un río salvaje; todo eran selvas, selvas, selvas... Cerca de la confluencia de Río Verde con el Ohio, desembarqué, dije adiós al "cuerno-ancho" y me dirigí hacia el interior de Kentucky. No tenía un plan preciso; mi única idea era llegar a una de las partes más salvajes del país. Tenía parientes en Lexington y otros lugares importantes, y estaba convencido de que mi padre les habría escrito a propósito de mí; pero como yo estaba tan imbuído de mis sentimientos de virilidad e independencia, y quería abrirme ca-

mino en el mundo sin asistencia ni control, resolví no ponerme en contacto con ellos.

En el curso de mi primer día de marcha, cacé un pavo salvaje y lo guardé en mi zurrón. El bosque era abierto y sin malezas. Vi abundantes ciervos, pero siempre corriendo, corriendo... Parecía como si esos animales nunca se detuvieran.

Por fin, me encontré con una banda de lobos hambrientos, que estaban liquidando los restos de un ciervo al que habían conseguido dar alcance. Estaban tan obsesionados con su presa, que no se dieron cuenta de mi presencia, y así pude verificar algunas observaciones. Uno de ellos, el mayor y más fiero, parecía reclamar la mejor parte de los despojos y tenía amedrentados a los demás. Si alguno se le acercaba demasiado mientras comía, se abalanzaba sobre él, le hacía retroceder, y regresaba a su festín. "Este lobo", pensé yo "debe de ser el capitán. Si consigo matarle, habré derrotado a todo el ejército". De manera que le apunté, hice fuego, y el animal cayó fulminado. Para asegurarme, le atravesé con otro disparo. El lobo no se movió, y los demás huyeron. Mi victoria era completa.

No sería fácil describir mis triunfantes sentimientos a propósito de esta proeza. Continué la marcha con renovados bríos, considerándome a mí mismo como el señor absoluto de la selva. Como la noche se acercaba, me preparé a acampar. Mi primer cuidado fue recoger leña seca, y hacer un buen fuego, para cocinar y también para poder dormir tranquilo, asustando a lobos, osos y panteras. Entonces empecé a desplumar mi pavo para la cena. Ya había dormido al raso en otras varias ocasiones, al principio de mi expedición, pero ello había ocurrido en zonas comparativamente más seguras y civilizadas, donde no había animales salvajes. Esta fue mi primera acampada en la auténtica selva, y pronto fui sensible a la soledad y peligro de mi situación.

Pronto empezó un concierto de lobos; debía haber una o dos docenas, pero a mí me parecía que había millares. Nunca había oído tantos aullidos ni tanto clamoreo. Habiendo desplumado mi pavo, lo dividí en dos partes, introduje un palo a través de un ala, y lo puse ante el fuego: el modo de asar de los cazadores. El olor de carne asada aguijoneó el apetito de los lobos, y su concierto llegó a ser verdaderamente infernal. Parecían estar todos alrededor de mí, aunque apenas podía verles cuando se acercaban mucho a la luz del fuego.

No me preocupé mucho por los lobos, de los que sabía que son una raza cobarde, pero había escuchado terribles historias sobre las panteras y empecé a temer su presencia en la oscuridad que me rodeaba. Tenía sed, y aunque oía el burbujeo de las aguas de un arroyo a escasa distancia, no me atrevía a ir a beber, por temor a la posibilidad de que una pantera yaciera en sus cercanías y se me echara encima. En seguida, un ciervo silbó. Nunca había oído a uno antes, y pensé que debía ser una pantera. Entonces imaginé que se subía a los árboles, se deslizaba sobre las ramas hasta situarse sobre mi cabeza, y se lanzaba sobre mí; de manera que mantuve la vista fija sobre las ramas, hasta que la cabeza me dolió. Más de una vez me pareció ver feroces ojos mirándome por entre las hojas. Finalmente, pensé en mi cena, y me volví para ver si mi medio pavo estaba ya bien asado. Al acercarme tanto al fuego, había puesto la carne entre las llamas, y se había consumido. No tenía otra cosa que hacer sino asar la otra mitad e ir con más cuidado. Con ella hice mi cena, sin sal y sin pan. Estaba tan poseído del miedo hacia las panteras, que no pude cerrar los ojos en toda la noche; estuve todo el rato tumbado, vigilando los árboles hasta que rompió el alba, cuando se disiparon mis temores al irse la oscuridad; y cuando vi el sol de la mañana brillar a través de las ramas de los árboles, me sonreí al pensar en el miedo que había pasado entre los ruidos y